

astillero, los navíos y su aparejo, los oficiales y obreros especializados, los materiales para la obra, el armamento que habían de llevar, la tripulación, personal técnico, marineros, grumetes y pajes, las órdenes recibidas de España relativas a rescates o sea las baratijas para cambalache, el nombramiento de los jefes, el costo de la armada y, al final, un resumen de sus deficiencias.

El material del libro, sacado de fuentes inéditas del Archivo General de la Nación y del Archivo de Indias, está organizado en orden cronológico, lo cual nos da una idea precisa, hasta donde es posible, de los pasos seguidos. Tal vez hubiera sido conveniente agrupar, ya en la segunda parte del libro, todos los temas referentes al personal y después describir la carga que había que llevar, los instrumentos de navegación, de castigo, o la ropa para la gente de mar.

Siete años duró la construcción de los navíos durante el cual el tributo de varios pueblos de Michoacán fue destinado exclusivamente a costear los preparativos. El rey continuamente apremiaba al virrey y él a su vez presionaba a la gente bajo sus órdenes. Sin embargo, no hay que imaginar un gran interés de parte de los habitantes de la Nueva España por esta aventura épica. Como ha escrito el doctor O'Gorman, "la Nueva España... [vive] una época en la que el arrobo de una monja, la milagrosa curación de un agonizante, el arrepentimiento de un penitenciado a los vaticinios de una beata, son más noticia que el alza en el precio de los oficios o la imposición de una alcabala; una época en que son de más momento los viajes al interior del alma que las expediciones a las Californias o a Filipinas".

ANNE STAPLES  
*El Colegio de México*

Charles H. HARRIS III: *A Mexican family empire — The latifundio of the Sánchez Navarros — 1765-1867*, Austin, University of Texas Press, 1975, 448 pp.

Desde que Harris publicó en 1964 un ensayo de 127 páginas titulado *The Sánchez Navarros — A socio-economic study of a Coahuilán latifundio — 1846-53*, los aficionados a la historia rural de México sabíamos que él seguía investigando el mismo tema con el fin de escribir una obra más amplia y agotar así el rico archivo

Sánchez Navarro que forma parte de la Colección Latinoamericana en la Universidad de Texas. Nuestras esperanzas no fueron defraudadas.

El telón se levanta en 1765 cuando J. M. Sánchez Navarro, cura de Monclova y descendiente de los fundadores de Saltillo, establece en representación de la familia un latifundio para la cría del ganado lanar. Con la adquisición en 1840 del marquesado de Aguayo, los Sánchez Navarro se convirtieron en los primeros terratenientes del país; su latifundio consistía de 17 haciendas con una superficie total de siete millones de hectáreas, la mayor parte de ellas en Coahuila. Como era de esperarse llegaron a dominar la política local y ejercer influencia en la política nacional. Sus inclinaciones conservadoras culminaron en su asociación con el segundo imperio. El latifundio fue confiscado por la república en 1867, que es cuando el archivo llega a su brusco fin.

La biografía familiar y la política están entrelazadas en una historia económica y social. Era costumbre que haciendas importantes tuvieran en la ciudad más cercana una tienda en la que expendían sus productos directamente al público, evitando así al intermediario. La unión de la hacienda y la tienda reducía el costo y aumentaba las ganancias. Por ejemplo, algunos de los grandes hacendados potosinos tenían almacenes en la capital de su estado. Pero no sólo los terratenientes de ascendencia mercantil practicaban esto; hasta los marqueses del Valle, como propietarios del ingenio de Atlacomulco cerca de Cuernavaca, tenían un almacén especializado en la venta del azúcar en la ciudad de México. Los Sánchez Navarro tenían un almacén en Monclova pero sus haciendas de ganado lanar estaban demasiado lejos de la capital del país para tener también allí un almacén propio. Normalmente vendían sus productos —las ovejas, no la lana— a las casas principales de la ciudad de México; por ejemplo, a fines de la colonia sus clientes más importantes eran Bassoco y Yermo (las pp. 94-123 del libro tratan del comercio colonial, las pp. 255-270 del comercio después de la independencia). Este aspecto mercantil del latifundio es básico; si los Sánchez Navarro no hubieran sabido vender sus productos en las mejores condiciones posibles no hubieran logrado lo que lograron, esto es, acumular mediante compra el latifundio más grande del país. Las haciendas en sí eran semidesérticas; valían gracias a la organización empresarial.

Igualmente interesante es la estructura social descrita por el autor. Los Sánchez Navarro pagaban a mediados del siglo pasado

a sus peones, en su mayoría pastores, cinco pesos mensuales como promedio, además de la ración semanal de quince litros de maíz y cerca de doce litros de harina de trigo, tan importante en la dieta norteaña. Por lo que se ha podido averiguar, los hacendados al sur de Coahuila, en San Luis Potosí, pagaban cantidades semejantes. En cuanto al discutido peonaje, Harris ha podido comprobar su existencia tanto en la colonia (pp. 58-78) como después de la independencia (pp. 205-230). En el latifundio era casi imposible para los peones librarse de sus deudas y abandonarlo; al intentarlo eran capturados y castigados. Pienso que la enorme extensión de la propiedad y el clima desértico ayudó a prolongar la vida de esa institución (cuyos rastros no se encontraron en el San Luis Potosí de la misma época, esto es, la mitad del siglo pasado).

La obra de Harris es no sólo la primera publicada en los Estados Unidos sobre la historia de las haciendas mexicanas, sino que su importancia es capital. Inevitablemente se le ocurren al lector algunas preguntas como las siguientes: ¿cuál fue la historia del ex latifundio, posterior a 1867? ¿Cómo lograron los Sánchez Navarro recuperarse del golpe que les había asestado la república? Éstas y otras preguntas están fuera del tema de esta sólida obra de Harris.

Jan BAZANT  
*El Colegio de México*

Marcello CARMAGNANI: *L'America Latina dal 500 a oggi — Nascita, espansione e crisi di un sistema feudale*, Milan, Feltrinelli, 1975, 220 pp. [Biblioteca di Storia Contemporanea, Testi e Saggi, 6].

Despertar entusiasmo es hoy una rara cualidad en un libro de historia. Esta cualidad resulta todavía más sorprendente cuando se trata de un libro que, como éste que reseñamos, busca definir un conjunto de proposiciones lógicas que expliquen un sistema económico histórico y los mecanismos que lo sustentan. El libro de Carmagnani despierta ese entusiasmo porque se reconoce la inteligencia con que fue concebido y escrito, se observa el manejo comprensivo de técnicas de análisis de tres escuelas de historia económica —la francesa de los *Annales*, la polaca representada por W. Kula y la *New economic history* norteamericana— que podrían parecer difícilmente conciliables, y porque muestra lo que puede